

# Premio Nobel de la Paz 2013

## ORGANIZACIÓN PARA LA PROHIBICIÓN DE LAS ARMAS QUÍMICAS

Jacinto Torres Mulas



El viernes 11 de octubre de 2013 el Comité Nobel Noruego hacía público el anuncio de que el Premio Nobel de ese año se concedía a la Organización para la Prohibición de las Armas Químicas por sus esfuerzos para la eliminación de las armas químicas, mediante un comunicado en el que, en primer lugar, se hace mención a la Convención de Ginebra de 1925 que prohibía el uso de armas químicas, pero no su producción o almacenamiento, cuya prohibición solo sería llevada a la práctica más de setenta años después, cuando en 1997 entró en vigor una nueva Convención sobre Armas Químicas, discutida y negociada entre 1992 y 1993, por la que expresamente quedaban prohibidos el desarrollo, la producción, el almacenamiento y el uso de dichas armas.

Se pone de relieve el énfasis que los sucesivos tratados y acuerdos han puesto en la necesidad de erradicar las armas químicas y, en particular, el trabajo encomendado a la Organización para la Prohibición de las Armas Químicas (OPAQ) para inspeccionar el cumplimiento de los acuerdos y procurar la destrucción de los

arsenales existentes, haciendo hincapié en los recientes acontecimientos en Siria, donde este tipo de armamento ha sido empleado.

Finalmente, el comunicado recuerda el especial interés que tuvo Alfred Nobel en favor del desarme, así como la insistente actitud del Comité Nobel Noruego, claramente puesta de manifiesto en muchos de los premios que ha otorgado, en pro de la eliminación del armamento nuclear, actitud que con la elección de este año se hace extensiva también a la abolición del armamento químico.

## ■ Motivación del Premio Nobel de la Paz 2013

Como es costumbre, el día 10 de diciembre, fecha conmemorativa del fallecimiento de Alfred Nobel, se celebró el acto formal de concesión del Premio con una solemne ceremonia en el gran salón del Ayuntamiento de Oslo. En esta ocasión el director general de la Organización para la Prohibición de las Armas Químicas recibía del presidente del Comité Noruego del Nobel, Thorbjørn Jagland, la correspondiente medalla y el diploma acreditativo.

En su discurso de presentación Jagland se muestra especialmente optimista respecto de la consecución de los objetivos propuestos por la Convención sobre Armas Químicas de 1997<sup>1</sup>. Tras animar a los Estados que aún no han firmado la Convención para que se adhieran a ella, señala el importante papel desempeñado por la OPAQ en su actuación discreta y constante para la erradicación de este tipo de armamento. En su alocución, cuyas ideas básicas glosamos seguidamente, se reconoce el fracaso del Protocolo de Ginebra de 1925 a la hora de impedir el uso de las armas químicas, como quedó patente así en la Segunda Guerra Mundial como en diversos conflictos bélicos posteriores.

Era, pues, patente la necesidad de un acuerdo más integral, que se materializó en la nueva Convención sobre las Armas Químicas elaborada entre 1992 y 1993 cuyas conclusiones prohibiendo la producción, almacenamiento y empleo de esas armas cobraron vigencia en 1997. Para la supervisión de su cumplimiento se estableció la Organización para la Prohibición de las Armas Químicas; su objetivo, más allá del mero control armamentístico, apunta a su efectiva eliminación, siendo

---

<sup>1</sup> [http://nobelpeaceprize.org/en\\_GB/laureates/laureates-2013/presentation-2013/](http://nobelpeaceprize.org/en_GB/laureates/laureates-2013/presentation-2013/) [Consultado el 14 de enero de 2014] © The Nobel Foundation, Stockholm, 2013.

esto un verdadero hito pues nunca antes un arma ya integrada en los ejércitos y planes de distintos estados había sido objeto de prohibición total y propuesta su total erradicación.

Todos los países firmantes de la Convención quedan obligados a presentar un estudio completo de toda clase de armamento químico que posean, así como de los equipamientos para la producción de este tipo de armas. Además, y esto es lo más importante, se comprometen a destruir la totalidad de sus arsenales químicos y de sus medios de producción, aceptando la intervención de inspectores internacionales para comprobar que tal destrucción ha sido efectivamente llevada a cabo, lo que ha de hacerse en cooperación con la OPAQ.

Actualmente son miembros de la OPAQ ciento noventa países, representando el noventa y ocho por ciento de la población y el territorio en el mundo, aunque la cantidad de las armas químicas que han sido eliminados se reduce al ochenta por ciento. Y es que no todo han sido éxitos, pues faltan por adherirse varios países. Además, la fecha límite para la destrucción total del armamento químico declarado, prevista para en abril de 2012, ha sido largamente rebasada sin haber logrado plenamente su objetivo. Se estima que en torno a un veinte por ciento de los arsenales no han sido destruidos, lo cual resulta particularmente inaceptable habida cuenta que se trata, principalmente, de arsenales estadounidenses y rusos, tan exigentes para los demás como incapaces ellos mismos de cumplir sus propios compromisos.

La eliminación de las armas químicas de la superficie de la Tierra es ciertamente un propósito muy ambicioso, y desde luego no podemos esperar conseguirlo de un día para otro. Además, y pese al compromiso manifestado por los países firmantes de la Convención, los progresos de la investigación y la industria químicas permiten suponer la aparición de nuevas sustancias, no definidas actualmente en la Convención, con potenciales usos bélicos de alcance impredecible y terribles consecuencias; un reto de proporciones descomunales al que la OPAQ habrá de enfrentarse.

Pero no por ello hay que subestimar la política del “paso a paso”. El trabajo efectuado por la OPAQ en el seguimiento de la Convención sobre Armas Químicas ha mostrado cómo a base de pequeños pasos se pueden obtener grandes resultados. Un ejemplo muy claro lo tenemos en la situación actual en el Oriente Medio y el Golfo Pérsico, que ofrece una importante perspectiva para la Convención de

Armas Químicas y la existencia de la OPAQ. Un marco multilateral es, una vez más, la plataforma adecuada para tratar de resolver la crisis actual sin una escalada bélica. Hemos estado al borde de un nuevo enfrentamiento militar en el Medio Oriente con intervención de distintas potencias y que hubiera podido tener nefastos resultados. El haber conseguido evitarlo puede allanar el camino para las negociaciones tendentes a una solución al conflicto en Siria.

En el momento más tenso de la crisis, la propuesta de la Federación Rusa para que el problema del uso de armas químicas en Siria se condujese a través de la Convención sobre las Armas Químicas y la OPAQ se reveló como una vía de acción muy útil, refrendada por la respuesta favorable del presidente Obama, que sirvió para desactivar una intervención militar que probablemente solo hubiera servido para echar más leña al fuego. Podemos creer que ese punto de distensión ha contribuido a un nuevo clima en lo que concierne al programa nuclear iraní. De hecho, la posterior intervención del presidente de Irán, Hasan Rohani, en la Asamblea General de la ONU ofreció un mensaje más positivo de lo que hasta entonces habíamos escuchado. Poco después se produjo una conversación telefónica directa entre los presidentes de Irán y los Estados Unidos, un hecho insólito que no se producía desde hace más de treinta años. A día de hoy, el programa nuclear de Irán ha sido objeto de un importante acuerdo para limitarlo a usos civiles, y aunque de momento tiene un carácter solo preliminar, paso a paso se sigue avanzando. Lograr una solución política a los enfrentamientos en Siria y una solución pacífica al programa de armas nucleares de Irán son metas difíciles de alcanzar. Pero la evolución de los acontecimientos es ahora más prometedora de lo que ha venido siendo durante un largo tiempo.

Supone un gran paso adelante que Siria haya presentado finalmente su adhesión a la OPAQ, con el inherente compromiso de destrucción de todas sus armas químicas. Por supuesto, es un gran desafío para la organización conseguir la destrucción de todo ese armamento en las actuales condiciones de guerra y entre el caos reinante en el país, y en mucho menos tiempo del que normalmente se emplea, haciendo muy difícil el decisivo trabajo de los inspectores de la OPAQ.

A través de los años las líneas maestras de los trabajos del Comité Noruego del Nobel se han orientado en gran parte a la lucha por el desarme, pero todavía más a la lucha por la cooperación internacional, ya sea a través de la Sociedad de Naciones o de las Naciones Unidas, y es obvio que la razón de ser de la Organización para la Prohibición de las Armas Químicas tiene fundamento en ambos propósi-

tos. El acuerdo al que llegaron en 2010 los presidentes Barack Obama y Dimitri Medvedev en relación con las armas nucleares estratégicas fue un hecho de suma importancia, pues la alternativa no era otra sino una nueva carrera de armamento nuclear. Un hecho tal encajaba con una comprensión actual de la demanda de Alfred Nobel para la reducción de los ejércitos permanentes, al igual que ocurre con la Convención sobre las Armas Químicas y el trabajo de la OPAQ, actuando en pro del desarme. Más aún: mientras que las negociaciones relativas al armamento nuclear han tomado como punto de partida el derecho exclusivo a tener armas nucleares reivindicado por las potencias que de hecho las poseen, la Convención sobre Armas Químicas rechaza un derecho tal. Se trata de un acuerdo de desarme real, no de mera limitación, mediante el cual todos los países, todos por igual, deben eliminar sus armas químicas. Y esa debe ser también la perspectiva cuando se trata de armas nucleares, tal como se acordó en la reunión del Consejo de Seguridad de la ONU convocada por el presidente Obama en 2009. También las armas nucleares deben desaparecer de la faz de la Tierra.

El logro de la paz es una cuestión difícil, como se ve en los debates relativos al Premio Nobel de la Paz. Muchos son partidarios de que el premio debería otorgarse siempre a individuos con una poderosa personalidad y principios firmes. Necesitamos ese tipo de modelos a seguir para llevar esperanzas a un mundo complejo y amenazador. Con frecuencia el premio ha ido a tales individuos sobresalientes, muchos de los cuales han movido al mundo en la dirección correcta. Pero la paz no se produce solo por la acción de individuos idealistas; también son necesarios políticos prácticos, capaces de llevar al mundo fuera de confrontaciones de límites estrechos. Y también necesitamos instituciones, como las globales en el marco de las Naciones Unidas. Es la interacción entre todos ellos lo que puede construir la paz. En consecuencia, el Premio Nobel de la Paz ha atendido a todas esas direcciones.

Muchos se preguntan, sobre todo en la propia Siria, si realmente existe alguna diferencia entre ser muerto por armas químicas o convencionales; para aquellos que son afectados, la respuesta es no, aunque nadie debería subestimar el sufrimiento que las armas químicas provocan a sus víctimas. En el camino hacia un mundo más pacífico, es importante combatir en primer lugar las armas más monstruosas, las armas de destrucción masiva. Hemos prohibido las armas biológicas. Por su parte, el Comité Noruego del Nobel ha concedido sus premios en numerosas ocasiones a la lucha contra las armas nucleares. Hoy la atención se centra en las armas químicas y en los avances conseguidos, honrando así a la Convención de 1993 y a la Organización para la Prohibición de las Armas Químicas.

## ■ La singularidad de un Premio

Los premios Nobel, como es bien sabido, tienen su origen en la disposición testamentaria del ingeniero y empresario sueco Alfred Bernhard Nobel. Y, muy en particular, el premio de la Paz encuentra sus razones en su propia biografía. Había nacido en Estocolmo el 21 de octubre de 1833 en el seno de una familia acomodada que en 1842 se trasladó a la ciudad rusa de San Petersburgo, donde el joven Nobel, que a la sazón tenía nueve años, comenzó sus estudios regulares. En 1850 viajó a París y más tarde a Estados Unidos, países en los que perfeccionó sus conocimientos tecnológicos. A su regreso a San Petersburgo, trabajó hasta 1859 en la fábrica de su padre dedicada principalmente a la química y la minería, regresando luego a Suecia donde organizó varias plantas de explosivos, basadas principalmente en la manufactura de la nitroglicerina líquida, una sustancia detonante descubierta en 1846 por el italiano Ascanio Sobrero. Con la colaboración de sus hermanos Ludwig y Robert perfeccionó los procesos de destilación del petróleo y participó en la explotación de los yacimientos rusos de Bakú.

El manejo de la nitroglicerina, necesario para sus actividades industriales, resultaba extremadamente peligroso y en 1864 una explosión causó la muerte de su hermano menor y otras personas. A partir de ese momento dedicó Alfred Nobel sus esfuerzos a desarrollar un método seguro para manipular la nitroglicerina, objetivo que alcanzó en 1867 mezclándola con un material poroso absorbente, el *kieselguhr*, y consiguiendo así reducir la volatilidad de la nitroglicerina y hacerla menos peligrosa y más manejable, el resultado fue un polvo que podía ser percutido e incluso quemado al aire libre sin riesgo de explosión, que solo podía producirse mediante detonadores eléctricos o químicos. Patentó el nuevo compuesto con el nombre de dinamita, una sustancia que a partir de entonces fue universalmente utilizada en trabajos de ingeniería y minería, pero también, y muy acentuadamente, en la industria armamentística, actividad a la que Alfred Nobel orientó con gran éxito varias de sus florecientes empresas, como la muy conocida y reputada productora de acero Bofors, de la que fue dueño y principal accionista desde 1894 hasta su muerte, ocurrida en su residencia italiana de San Remo, el 10 de diciembre de 1896, a la edad de 63 años.

Las armas Bofors han estado presentes y han llevado la muerte y la destrucción a todos y cada uno de los conflictos bélicos más relevantes de la humanidad, al mismo tiempo en uno y otro bando, durante más de un siglo y hasta nuestros días, habiendo también protagonizado sonados escándalos de corrupción que afectan a

gobiernos de diversos países. En la actualidad la empresa es propiedad del reino de Suecia (15%) y de otros inversionistas estatales (85%), siendo su cotización en bolsa uno de los grandes referentes de la economía sueca.

Resulta prácticamente imposible encontrar una referencia biográfica de Alfred Nobel que no haga alusión al presunto sentimiento de culpa por su responsabilidad como empresario enriquecido a través de una industria que, si inicialmente tenía su principal mercado en la minería, pronto se orientó a la producción de material bélico, cuyos efectos han sido y siguen siendo devastadores. Desde luego, motivos sobrados tenía para albergar ese remordimiento, algo que no constituye un caso único, pues basta recordar al principal artífice de la bomba atómica, Robert Oppenheimer, y su zozobra vital al comprobar tras el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki el terrorífico poder destructivo de las armas creadas por él, lo que le llevó a una activa militancia en contra de la carrera armamentista nuclear.

Curiosamente, lo vemos de nuevo en nuestros días: el periódico moscovita *Izvestia* mostraba en su edición del lunes 13 de enero de 2014 la carta enviada al patriarca de la Iglesia Ortodoxa Rusa por Mijail Kalashnikov, fallecido el pasado 13 de diciembre y diseñador del fusil AK-47, el rifle de asalto más popular y mortífero de la historia, en la cual manifiesta el “insoponible dolor espiritual” de su alma atormentada por las innumerables muertes causadas por su arma, preguntándose angustiado por su propia responsabilidad<sup>2</sup>. No menos interesante es la tranquilizadora respuesta, recogida en la misma noticia, del secretario de prensa del patriarca ruso reafirmando la vieja doctrina de que “cuando las armas sirven a la defensa de la Patria, la Iglesia las bendice así como a sus creadores y a los militares que las usan”. Una explicación que si acaso puede dejar algo perplejos a los biempensantes miembros del comité del Premio Nobel, para quienes se nos dijo aquello de “benditos sean los cañones si en las brechas que abren florece el Evangelio” es *nihil novum sub sole*; dicho de otra manera, *Gott mit uns*.

Pero volvamos al testamento de Alfred Nobel mencionado al principio, piedra fundacional de los premios que llevan su nombre, que fue escrito de su puño y letra en el Club Sueco-Noruego de París y fechado el 27 de noviembre de 1895, un año antes de su muerte. En su redacción, tras adjudicar a diversos familiares, allegados y empleados un total de apenas 100.000 coronas, dispone que el resto

---

<sup>2</sup> <http://izvestia.ru/news/563827#ixzz2qNAFHTbN> [Consultado el 14 de enero de 2014]. Conviene señalar que algunos observadores ponen en duda su autenticidad, considerando la noticia una maniobra propagandística de la iglesia rusa.

de su fortuna (que en el momento de su muerte era de unos 32 millones de coronas) se aplicase a financiar los cinco premios que dejaba estatuidos. He aquí el texto traducido del pertinente párrafo del testamento, cuyo facsímil del manuscrito original puede consultarse en la página oficial del Premio Nobel<sup>3</sup>:

“La totalidad de lo que queda de mi fortuna será dispuesta del modo siguiente: el capital, invertido en valores seguros por mis albaceas, constituirá un fondo cuyos intereses serán distribuidos cada año en forma de premios entre aquéllos que durante el año precedente hayan realizado el mayor beneficio a la humanidad. Dichos intereses se dividirán en cinco partes iguales, que serán repartidas de la siguiente manera: una parte a la persona que haya hecho el descubrimiento o el invento más importante en el campo de la física; una parte a la persona que haya realizado el descubrimiento o mejora más importante dentro de la química; una parte a la persona que haya hecho el descubrimiento más importante en el campo de la fisiología y la medicina; una parte a la persona que haya producido la obra más sobresaliente de tendencia idealista dentro del campo de la literatura; y una parte a la persona que haya trabajado más o mejor en favor de la fraternidad entre las naciones, la abolición o reducción de los ejércitos existentes y la celebración y promoción de procesos de paz. Los premios para la física y la química serán otorgados por la Academia Sueca de las Ciencias, el de fisiología y medicina será concedido por el Instituto Karolinska de Estocolmo; el de literatura, por la Academia de Estocolmo, y el de los defensores de la paz, por un comité formado por cinco personas elegidas por el Storting (Parlamento) noruego. Es mi expreso deseo que, al otorgar estos premios, no se tenga en consideración la nacionalidad de los candidatos, sino que sean los más merecedores quienes reciban el premio, sean escandinavos o no”.

Al instituir sendos galardones en los campos de la física, la química, la fisiología/medicina, la literatura y la paz, es evidente que Alfred Nobel quería premiar, por un lado, a los autores de los avances más destacados en las disciplinas que le habían sido más próximas en el ejercicio de su carrera: la física y la química. Pero por otro lado está también la literatura, que consideraba una elevada actividad del intelecto y que él mismo cultivó con la suficiente competencia lingüística como para escribir poesía en inglés, además de una atrevida tragedia en prosa, *Nemesis*, que fue retirada de la circulación por considerarla escandalosa y blasfema. En

---

<sup>3</sup> [http://www.nobelprize.org/alfred\\_nobel/will/will-full.html](http://www.nobelprize.org/alfred_nobel/will/will-full.html) [Consultado el 14 de enero de 2014].

Traducción en español: [http://es.wikipedia.org/wiki/Premio\\_Nobel](http://es.wikipedia.org/wiki/Premio_Nobel) [Consultado el 14 de enero de 2014].



cuanto a la fisiología y la medicina, todo induce a pensar que su decisión estuviese motivada por la experiencia del dolor, las heridas y las mutilaciones causadas por los artefactos bélicos de cuya producción obtuvo Alfred Nobel los enormes beneficios que nutrieron su vasta fortuna.

Pero ¿y la paz?, porque las otras disciplinas que merecen la atención de Nobel están bien definidas y asentadas en una larga tradición, bien que en su formulación dual: ciencias/letras. Pero la paz resulta un concepto algo más escurridizo, más inasible a causa de su inmaterialidad, y de ahí lo singular de este premio, en cuyo origen se baraja, junto con las pesadumbres de Nobel, la muy probable influencia de la baronesa austríaca Bertha von Suttner, eficaz propagandista del pacifismo (ella misma recibiría el premio en 1905), junto con el filantropismo y las doctrinas filomasónicas tan en boga en la época, a cuyo respecto no será ocioso recordar que el primero de los Premios Nobel de la Paz, en 1901, se otorgó *ex aequo* a Frédéric Passy y Jean Henri Dunant.

Siendo Alfred Nobel una persona de gran cultura, es notable su decisión de excluir de sus generosos premios a disciplinas como la arquitectura, la música, las artes plásticas o las ciencias sociales. A este respecto es oportuno señalar que la incorporación del llamado Premio Nobel de Economía no es, en sentido estricto, tal cosa, pues fue creado en 1968 por el Sveriges Riksbank (Banco Central de Suecia) y dotado con igual cantidad que los otros premios, aunque su denominación real es “Premio del Banco de Suecia en Ciencias Económicas en memoria de Alfred Nobel”. En 1995 se acordó su redefinición como un premio en ciencias sociales, abriendo así su campo de aplicación a las grandes contribuciones en campos como las ciencias políticas, la psicología y la sociología.

Otra singularidad del Premio Nobel de la Paz es la voluntad de su fundador para que fuese discernido por un comité de cinco personas que debía ser nombrado por el Parlamento de Noruega, y no de alguna institución de su Suecia natal como en el caso de los otros cuatro premios. Pero no hemos de olvidar que en aquel tiempo Noruega y Suecia estaban federadas bajo una misma corona y no fue hasta 1905 cuando Noruega se hizo independiente. Además, Noruega no participaba de las mismas tradiciones castrenses que Suecia, y su asamblea legislativa (Storting) se había involucrado muy estrechamente en la Unión Inter-Parlamentaria y sus esfuerzos pacifistas para resolver los conflictos a través de la mediación y el arbitraje, un compromiso al que, al parecer, Nobel daba una gran importancia.

Por todo ello, y por la controversia que con frecuencia sigue a su anuncio, el Premio Nobel de la Paz es el que despierta mayor atención internacional e interés mediático.

## ■ Las armas químicas a través del tiempo

Con carácter general se considera “arma química” a toda sustancia, dispositivo o equipo que por su acción química sobre los procesos vitales puede causar la muerte, incapacidad temporal o lesiones permanentes a seres humanos o animales. Las armas químicas, junto con las armas nucleares y las biológicas (actualmente suelen incorporarse también las radiactivas) constituyen las denominadas armas de destrucción masiva según la Organización de Naciones Unidas, y como tales están prohibidas por varios tratados y convenios específicos que afectan a la comunidad internacional.

A pesar de la temprana conciencia de las atroces consecuencias del empleo de estas armas y, en consecuencia, los reiterados intentos por limitar su uso, lo cierto es que aún hasta nuestros días se han seguido perfeccionando, produciendo y utilizando. Para una mejor comprensión del problema es útil conocer, siquiera mediante un apretado resumen, el origen y la evolución de las armas químicas a lo largo de la historia<sup>4</sup>.

Desde las flechas envenenadas empleadas en épocas bien remotas hasta los sofisticados gases actuales, como el gas sarín empleado hace apenas unos meses en 2013 en Siria, el uso de sustancias químicas tóxicas como arma ha sido uno de los recursos bélicos a los que el ser humano ha acudido reiteradamente en las diversas épocas. Incluso si nos remontamos a la Prehistoria, encontramos vestigios desde la Edad de Piedra que nos muestran los orígenes de las armas químicas y biológicas en el uso de las puntas de lanza o flechas recubiertas con sustancias

---

<sup>4</sup> Son numerosas las fuentes de consulta relativas a este tema y adecuadas a nuestro propósito; para una visión de conjunto puede acudirse a:

Sidell F; Takafuji, E.T.; Franz, D.R. [Eds.] *Medical aspects of chemical and biological warfare*. Washington: Borden Institute, 1997. Sus treinta y cinco capítulos, a lo largo de más de setecientas páginas, constituyen una fuente de información repetidamente utilizada en numerosas páginas de internet, aunque no siempre se cite la procedencia.

[http://www.escalofrio.com/n/Catastrofes/Las\\_Armas\\_Quimicas/Las\\_Armas\\_Quimicas.php](http://www.escalofrio.com/n/Catastrofes/Las_Armas_Quimicas/Las_Armas_Quimicas.php)

[http://es.wikipedia.org/wiki/Arma\\_química](http://es.wikipedia.org/wiki/Arma_química) [Consultadas el 14 de enero de 2014].

venenosas extraídas de animales o plantas, empleadas no solo para matar a los animales para la subsistencia, sino también como medio de ataque al enemigo.

En la Grecia antigua, en los poemas épicos de Homero sobre la Guerra de Troya, tanto en *La Ilíada* como en *La Odisea*, encontramos igualmente referencias al uso de lanzas y flechas impregnadas con veneno. Es también en Grecia donde hallamos las primeras referencias de empleo de gas tóxico y de envenenamiento del agua para someter al enemigo. Se dice que durante la Guerra del Peloponeso entre Esparta y Atenas, en el siglo V a.C., en el asedio al que sometieron los espartanos a la ciudad de Platea encendieron un fuego a los pies de las murallas, quemando una mezcla de madera, alquitrán y azufre; el humo, cargado de dióxido de azufre, irritaba las vías respiratorias de todo el que lo inhalaba, provocando la retirada de los atenienses. Unos años antes, durante la Primera Guerra Sagrada (595-585 a.C.) Solón de Atenas contaminó el agua del río Pleistos con raíces de eléboro para envenenar a los ciudadanos de Crisa.

Otras referencias del empleo de humo tóxico en época temprana las encontramos en China, en cuyos manuscritos del siglo X a.C. y posteriores se describen numerosas fórmulas con diferentes componentes como el arsénico o el calcio pulverizado, así como los registros de su uso. En textos de la secta Mohist, en el siglo V a.C., se describe cómo mediante unos fuelles rellenos de semillas de mostaza y otros vegetales tóxicos producían un humo que introducían en los túneles excavados por los enemigos. Este procedimiento asfixiante fue también utilizado en la época de expansión de Roma. En España, durante las incursiones de los romanos en la península, se cuenta que el general Quinto Sertorio (122-72 a.C.) arrojaba sobre el terreno unas cenizas tóxicas, y con la ayuda de los caballos y el viento las expandían por el territorio de sus oponentes.

Curiosamente, según el historiador británico Simon James, en lo que actualmente es Siria, en la ciudad persa Dura-Europos, a orillas del Éufrates, hallamos, los primeros vestigios arqueológicos del empleo de armas químicas. Tomada por los romanos en el año 256 a.C., los persas sasánidas intentaron recuperar la ciudad empleando, además de minas para destruir las murallas, un humo producido por la combustión de betún y cristales de azufre que introdujeron por los túneles de salida de la ciudad y que rápidamente asfixió a los romanos.

En la época medieval continuó el uso de armas químicas, tanto en Europa como en el Oriente. El empleo de gases venenosos por lo chinos es descrito por

el historiador polaco Jan Długosz al relatar su empleo en 1241 por el ejército mongol en la Batalla de Liegnitz, en Silesia, actual Polonia. Pero probablemente el arma química más conocida de esta época sea el llamado “fuego griego” empleado durante todo el Imperio Bizantino. También denominado “fuego marino” o “fuego líquido” por su capacidad de arder incluso en el agua, fue creado en el siglo VI (supuestamente por el refugiado sirio cristiano Calínico de Heliópolis, que a su vez pudo tomarlo de los alquimistas de Alejandría) y ampliamente utilizado en las cruzadas, desde el siglo XI al XIII. El líquido, cuya composición probablemente contenía azufre, nitrato, cal viva y nafta, prendía en contacto con el aire y se lanzaba mediante sifones a presión. Se crearon así los primeros lanzallamas y granadas que impregnaban el líquido sobre los cuerpos y los abrasaba. Se utilizó fundamentalmente en las batallas navales, lanzándolo sobre los barcos y el agua del mar de manera que las llamas quemaban las embarcaciones y a sus ocupantes.

En pleno Renacimiento, encontramos la muy difundida cita de Leonardo Da Vinci en la que sugiere cómo combatir al enemigo: “Arroja veneno en forma de polvo sobre las galeras. Se puede echar yeso, polvo de sulfuro de arsénico y verdín molido entre los barcos enemigos mediante pequeños onagros, y todos los que al respirar inhalen el polvo dentro de sus pulmones resultarán asfixiados.” También podemos observar el empleo de proyectiles o dispositivos tóxicos e incendiarios en el siglo XVII. En el asedio a la ciudad de Groninga, al norte de Holanda, el Príncipe-Obispo de Münster (Westfalia) Christoph Bernhard von Galen ordenó que, junto con otros explosivos, se utilizasen dispositivos que provocasen humos tóxicos. Estas armas químicas tenían en su composición belladona, una planta que puede ser venenosa ya que contiene alcaloides, derivados del tropano, que bloquean las funciones del sistema nervioso. Su uso es común hoy en día, teniendo aplicaciones diversas: en oftalmología, para detener los espasmos bronquiales y gastrointestinales, para el mal de Parkinson, como analgésico para dolores articulares o como sedante, pero en dosis elevadas es capaz de producir alucinaciones y delirios e incluso inducir al coma y provocar la muerte. El efecto producido por el uso bélico de tales sustancias fue tal, que en agosto de 1675 alemanes y franceses firmaron el *Acuerdo de Estrasburgo* por el que se prohibía el uso de balas tóxicas o bombas cargadas de veneno, lo que es considerado como el primer acuerdo internacional que restringía el empleo de armas químicas.

Si bien el desarrollo y uso extensivo de armas químicas no llegaría hasta la Primera Guerra Mundial, conviene detenernos brevemente en algunos ejemplos

del siglo XIX que causaron grandes estragos, así como en el estupor y el rechazo que el uso de armamento químico despertaba entre la opinión pública y entre los propios combatientes. En 1845 el teniente coronel francés Amaible Pelissier, destinado a Argelia como jefe del Estado Mayor de la provincia de Orán, arrasó con el humo de maderas verdes una tribu árabe completa en el Dahra, cerca de Mostagane. A pesar de la indignación producida en la opinión pública europea –tanta que el ministro de Guerra tuvo que condenar públicamente los hechos– Pelissier fue ascendido a general de brigada primero, y a general de división años más tarde.

Una década después, durante la Guerra de Crimea, el químico escocés Lyon Playfair diseñó y recomendó el empleo de un proyectil de artillería cargado de cianuro para desatascar el punto muerto a que se había llegado en el sitio de Sebastopol en 1855. El objetivo era provocar la muerte del enemigo por parada cardiorrespiratoria, ya que el cianuro anula la respiración celular al impedir que el oxígeno se fije a la hemoglobina de los glóbulos rojos. Si bien la idea recibió el respaldo del almirantazgo británico y fue tenida en consideración por el Primer Ministro, Lord Palmerston, fue finalmente rechazada por el departamento de artillería al considerarlo “un tipo de guerra tan pernicioso como envenenar los pozos de los enemigos”. La respuesta presentada a dicho departamento por el barón Playfair ha servido sin embargo para justificar posteriormente el empleo de las armas químicas, un argumento que por su descarado cinismo bien vale la pena reproducir: “Esa objeción no tiene sentido. Se considera un modo legítimo de guerra rellenar los proyectiles con metal fundido que hace estragos entre el enemigo, y produce las más horribles heridas y la muerte. No es comprensible que un vapor venenoso que podría matar a los hombres sin sufrimiento sea considerado como guerra ilegítima. La guerra es destrucción, y cuanto más destructiva sea con el menor sufrimiento antes se acabará con este bárbaro método de protección de los derechos nacionales”.

Durante la Guerra Civil Americana (1861-1865) se presentaron multitud de propuestas de armas químicas y biológicas: globos con gas venenoso, proyectiles de cloro líquido, gas con cloroformo, nubes ácidas de hidrócloruro o sulfuro, cartuchos de humo sofocante, granadas de vidrio y cacodil. Quizá una de las propuestas más referenciadas fue la del profesor neoyorquino John Doughty, que planteó el uso de proyectiles con cloro líquido en su interior, de modo que al explotar expandirían gran cantidad de gas de cloro. Parece, no obstante, que tales propuestas fueron rechazadas por objeciones de carácter ético o moral.

En otros conflictos de finales de siglo XIX se hicieron también ensayos de armas químicas, y aunque los resultados fueron limitados sirvieron para desarrollar el armamento que se emplearía pocos años después. En la Guerra de los Boers las tropas británicas dispararon proyectiles de ácido pícrico. Durante la guerra ruso-japonesa los soldados nipones lanzaron antorchas tóxicas en las trincheras rusas. En 1887 los alemanes tomaron en consideración el uso de gases lacrimógenos para fines militares, mientras que los franceses también iniciaron un programa de guerra química y biológica rudimentaria con el desarrollo de gases lacrimógenos, proyectiles y granadas con bromoacetato de etilo y cloropicrina.

El Convenio de Bruselas de 1874 establecía leyes y usos de la guerra terrestre, incluyendo la prohibición del empleo de veneno o armas envenenadas, así como el uso de armas, proyectiles o material destinado a causar un sufrimiento innecesario [sic]. Algunos años más tarde, en 1899 y 1907, se celebrarían las *Conferencias de Paz de la Haya*, en las que multitud de países firmaron un acuerdo en el que se prohibía el empleo de proyectiles con carga de gas tóxico. Pero tales convenios resultaron ineficaces y no fueron respetados, y apenas iniciada la Primera Guerra Mundial se inició una escalada en el uso extensivo de armamento químico, fundamentalmente en forma de gases venenosos

Los primeros en emplear los agentes químicos fueron los franceses, quienes en agosto de 1914 lanzaron granadas rellenas de gas lacrimógeno compuesto de bromuro de xililo. La respuesta de los alemanes se produjo en octubre de ese mismo año, disparando obuses de fragmentación con agentes químicos irritantes sobre las tropas francesas en Neuve Chapelle, sin embargo la escasa concentración dispersada apenas causó efecto. Unos meses más tarde de nuevo los ejércitos alemanes utilizarían el gas como arma, pero esta vez de manera masiva. En enero de 1915, durante la Batalla de Bolimov, lanzaron 18.000 obuses de artillería de bromuro de xililo líquido, conocido como T-Stoff, sobre el frente ruso en el río Rawka, al oeste de Varsovia. Pero nuevamente fallaron en su propósito, pues el producto se congeló en lugar de vaporizarse y extenderse.

Tras el fracaso, los alemanes optaron por el uso del cloro que, liberado en forma gaseosa, se convirtió en la primera arma química letal. El químico Fritz Haber (que llegaría a recibir el Premio Nobel) en colaboración con el conglomerado de empresas IG Farben que obtenían cloro al fabricar tintes, desarrolló métodos para descargar cloro gaseoso sobre los enemigos. El 22 de abril de 1915, en Langermarck, al norte de Ypres, en Bélgica, las tropas del Káiser Guillermo II con

un cargamento de casi 6.000 cilindros con unas 160 toneladas de cloro crearon una extensa nube verdosa que hizo retroceder siete kilómetros a los horrorizados soldados franceses. Si bien los alemanes no pudieron tomar dicho lugar por la toxicidad del gas, y la franja fue ocupada por británicos y canadienses, el éxito del experimento les sirvió para abordar la segunda batalla en la zona. Lo emplearon de nuevo pocos días después en tres ataques contra canadienses y británicos, que en gran número murieron casi de inmediato y muchos otros tras largos sufrimientos. Aunque pronto se crearon defensas para el gas con trapos húmedos, ya que se licuaba fácilmente, y a pesar de que su presencia se detectaba con cierta facilidad por el color verdoso y el fuerte olor, el arma siguió empleándose con intención terrorista como medio de intimidación.

Los británicos rápidamente pasaron a la ofensiva y probablemente fueron sus ejércitos quienes más ataques químicos con cloro realizaron en esta guerra. Todo ello a pesar del fracaso de su primer intento en la Batalla de Loos, el 25 de septiembre de 1915, en cuyo transcurso lanzaron 150 toneladas de gas, pero el viento acabó dispersándolo sin causar los efectos previstos. Para mejorar la eficacia del gas de cloro, el químico francés Victor Grignard primero, y el citado Fritz Haber después, añadieron fosfogeno al cloro. Este agente tardaba 24 horas en hacer efecto pero era mucho más letal que el cloro y más difícil de detectar, al ser incoloro y con un olor menos destacado, aunque como era más denso que el aire debía mezclarse con el cloro para su mejor dispersión. Los alemanes lo emplearon contra los británicos el 19 de diciembre de 1915 en Nijmegen, ocasionando más de un millar de bajas. Un año después los británicos incorporaron hexametilente-tramina en el filtro de sus máscaras de gas para contrarrestar los efectos de este producto, conocido como Estrella Blanca.

Pero el gas más efectivo y mortífero de la Primera Guerra Mundial fue el gas mostaza, bautizado así por los británicos por su olor característico. Compuesto de iperita o sulfuro bis (2-cloroetil), el gas mostaza es un vesicante, por lo que en contacto con la piel produce irritación y ampollas. Sus efectos pueden ser desde una leve irritación de la piel, a la ulceración, fuertes quemaduras y destrucción de tejidos. Sintetizado por Wilhem Steinkopf, lo emplearon los alemanes por primera vez en la tercera batalla de Ypres en julio de 1917. Su objetivo primordial era disuadir al enemigo, aunque en dosis elevadas podía ser mortal. Se disparaba dentro de proyectiles de artillería, se dispersaba en forma de líquido y se evaporaba al caer, contaminando todo el terreno. Empleado fundamentalmente en el Frente Occidental, sobre todo en la guerra de trincheras, probablemente los mayores es-

tragos se produjeron en los ataques alemanes contra las tropas rusas en el Frente Oriental, al no disponer estos de contramedidas efectivas. También lo utilizaron los británicos en Palestina durante la Segunda Batalla de Gaza. En todos los casos, los testimonios de sus efectos, abundantemente documentados en escritos y fotografías, son altamente sobrecogedores.

A pesar de ello, tras la Primera Guerra Mundial tanto los Estados Unidos de Norteamérica como los países de Europa siguieron empleando las armas químicas para frenar rebeliones y establecer y mantener las colonias. Así, tras la derrota del Imperio Otomano en 1917, los británicos ocuparon Mesopotamia, actual Irak, y aunque no haya podido ser completamente demostrado, parece probable que para reprimir los ataques de árabes y kurdos y acabar con las numerosas bajas en sus filas empleasen agentes químicos como el gas mostaza.

En la Guerra del Rif, en el Marruecos ocupado por España y Francia, se emplearon armas químicas para combatir los ataques de las tribus del norte, sobre todo después de la masacre sufrida en el Monte Arruit en 1921. Las bombas empleadas, principalmente de gas mostaza, iperita y fosfogeno, fueron desarrolladas en el protectorado español bajo la supervisión de empresas alemanas, y aunque también afectaron a la población, el objetivo principal de estas armas eran los campos de cultivo, por lo que los rifeños se vieron en la necesidad de atacar el territorio francés para conseguir alimentos. Al término de la guerra, en 1927 con el triunfo de la coalición franco-española y la recuperación del protectorado español, España fue acusada de crímenes de guerra por el uso de las armas químicas, pues en 1925 había firmado el Protocolo de Ginebra por el que 16 países se comprometían a no usar gases tóxicos ni armas bacteriológicas, si bien no se prohibía expresamente su posible producción y almacenamiento. El senado de Estados Unidos no ratificaría hasta cincuenta años después, en 1975, el Protocolo de Ginebra, al que en la actualidad se han adherido 137 miembros. También Italia pasó por encima de dicho tratado al lanzar bombas de gas mostaza durante la invasión de Etiopía en 1935, causando alrededor de 15.000 muertes. Del mismo modo, los soviéticos emplearon gas mostaza contra los musulmanes chinos en 1934 en la invasión de Xinjiang, en la región noroccidental de la actual China.

Los historiadores señalan el notable hecho de que en la Segunda Guerra Mundial no proliferase el empleo de armas químicas, aunque eso no signifique que no se usaran en absoluto. Japón empleó tanto el gas mostaza como otro agente vesicante, la lewisita, en su lucha contra China, ataques que según recientes in-



investigaciones fueron autorizados por el mismo emperador Hirohito. Los alemanes desarrollaron nuevas armas químicas al descubrir nuevos agentes que actuaban sobre el sistema nervioso, conocidos como tabún, sarín y soman. Aunque según los documentos de la agencia de inteligencia alemana, Abwehr, fabricaron grandes cantidades de estos productos, se cree que los nazis no hicieron uso de ellos al considerar su nula ventaja, pensando que los aliados también disponían de los mismos gases. No obstante, sí hicieron uso del pesticida conocido como Zyklon B, compuesto de cianuro de hidrógeno, en los campos de concentración de Auschwitz y Majdanek.

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, y a pesar de que el desarrollo de armas químicas y biológicas fue muy amplio, solo encontramos algunos ejemplos de su empleo durante la Guerra Fría. En 1957 Cuba denuncia el uso de “químicos agresivos”, probablemente napalm, en los ataques de las tropas gubernamentales de Fulgencio Batista contra los guerrilleros de Fidel Castro. A finales de 1958, y pese al término de la guerra civil en China, la radio de Pekín denuncia el ataque con armas químicas por parte del frente nacionalista contra las tropas de la China popular. En la guerra civil de Yemen del Norte (1962-1970) Egipto, que apoyaba a los yemenitas que luchaban por instaurar una república árabe, usó gases tóxicos contra los realistas de Mutawakkilite, apoyados por Arabia Saudita y Jordania.

Pero los efectos más devastadores de armas químicas en ese período se produjeron durante la prolongada Guerra de Vietnam (1955-1975). El presidente J. F. Kennedy aprobó el 30 de noviembre de 1961 el empleo de agentes químicos para destruir los cultivos que abastecían de alimentos a los vietnamitas del norte, así como las zonas de vegetación donde estos se ocultaban. La gran cantidad de defoliantes químicos arrojados causó un daño ingente en la población civil, entre muertos y heridos. El conocido como agente naranja, un potente herbicida y defoliante, provocaba debilidad muscular, disminución de la visión o ceguera, cáncer, daños en el hígado, nacimientos con malformaciones y abortos. El napalm, un combustible gelatinoso con el que se incendiaron grandes extensiones de terreno, se adhería a la piel causando gravísimas quemaduras.

Más recientemente, la guerra entre Irán e Irak se inició en septiembre de 1980, cuando las tropas de este último país invadieron Juzestán para conseguir la anexión de la región de Shatt al-Arab. Desde los primeros ataques Irak empleó gas mostaza y tabún, y aunque tanto Irak como su aliado Estados Unidos acusaron a Irán de utilizar también armas químicas, tal uso no ha sido demostrado. Además

de las bajas durante el conflicto, en torno a unas 100.000, los gases causaron numerosas enfermedades que todavía hoy persisten entre quienes sobrevivieron a los ataques. También en Irak, la población kurda de Halabja sufrió en marzo de 1988 un ataque químico con gases de cianuro, gas mostaza y gases nerviosos, en el que murieron en torno a 6.000 de sus 50.000 habitantes; tal ataque formaba parte de la campaña genocida dirigida por el primo de Sadam Hussein, Alí Hasm al Mayid, conocido como “Alí el Químico” precisamente por el empleo de armas químicas.

Ya en nuestros días, el ejército sirio ha empleado armas químicas en varias ocasiones contra la población civil y los combatientes sublevados. El último ataque, en el que se utilizó gas sarín, se produjo el 21 de agosto de 2013, murieron 1.400 personas y otras 3.000 resultaron heridas en Guta, al sur de Damasco. Denunciado por la oposición y la comunidad internacional y tras las comprobaciones de la ONU y las amenazas de Estados Unidos y otros países occidentales de intervenir militarmente en Siria, se ha firmado un acuerdo promovido por Rusia para realizar el completo desarme químico de Siria, supervisado y verificado por la OPAQ, institución que meses después sería galardonada con el Premio Nobel de la Paz.

## ■ La Organización para la Prohibición de las Armas Químicas (OPAQ)

La Organización para la Prohibición de las Armas Químicas (OPCW por sus siglas en inglés: Organisation for the Prohibition of Chemical Weapons) es el organismo encargado de la aplicación internacional de la Convención sobre Armas Químicas, un tratado firmado en París el 13 de enero de 1993 que entró en vigor el 29 de abril de 1997, pasando a añadirse al anterior Protocolo de Ginebra de 1925 sobre esa materia<sup>5</sup>. Acaso su característica más notable es que para asegurar su cumplimiento, además de unas normas de comportamiento entre Estados, establece un sistema de verificación mediante inspecciones internacionales. Este sistema se aplica a las armas químicas y a las sustancias químicas de doble uso

---

<sup>5</sup> Su texto íntegro fue publicado en el Boletín Oficial del Estado del 13 de diciembre de 1996. Alternativamente al BOE, puede obtenerse una copia digital del texto íntegro en español de la Convención y sus anexos en:

<http://www.un.org/disarmament/WMD/Chemical/pdf/cwctext-spanish.pdf>

Así como también:

<http://www.minetur.gob.es/industria/ANPAQ/Convencion/Paginas/txtconvencion.aspx>

(pacífico/bélico). Aunque a menudo la OPAQ es considerada como un departamento de las Naciones Unidas por sus estrechas relaciones con esa institución, es un organismo independiente, con sede en la ciudad holandesa de La Haya.

La Convención para la Prohibición de Armas Químicas establece en su artículo VII la necesidad de que cada Estado Parte adopte, de conformidad con sus procedimientos constitucionales, las medidas legislativas nacionales de aplicación que aseguren el cumplimiento de las obligaciones contraídas en virtud de aquella. En España, la aplicación de la Convención está regulada por la Ley 49/1999, de 20 de diciembre, sobre medidas de control de sustancias químicas susceptibles de desvío para la fabricación de armas químicas. Con anterioridad, y apenas diez días después de su entrada en vigor de la Convención, el Consejo de Ministros del Gobierno de España aprobó en su reunión del viernes 9 de mayo de 1997 un Decreto por el que se regulaban la composición y funciones de la Autoridad Nacional para la Prohibición de las Armas Químicas, un órgano colegiado integrado por nueve Departamentos Ministeriales, cuyo cometido es la aplicación en España de la Convención para la Prohibición de las Armas Químicas<sup>6</sup>.

La OPAQ tiene como misión asegurar la destrucción de las armas químicas y evitar cualquier forma de su desarrollo o proliferación en el futuro. Para alcanzar estos objetivos la OPAQ recibe de los Estados Parte información sobre la aplicación de la Convención y realiza las actividades de verificación establecidas en la Convención. Consta de tres órganos: la Conferencia de Estados Parte, el Consejo Ejecutivo y la Secretaría Técnica. Además cuenta con varios órganos consultivos especializados, como la Comisión de Confidencialidad y el Comité Consultivo Científico-Técnico.

La Conferencia de Estados Parte es el máximo órgano de decisión de la Organización y, por tanto, principal responsable de la aplicación y difusión de la Convención. Está integrada por representantes de todos los Estados Parte, que se reúnen una vez al año o cuando la situación lo requiere.

El Consejo Ejecutivo es el órgano de gobierno de la OPAQ, responsable ante la Conferencia de Estados Parte. Consta de 41 miembros, elegidos por un período de dos años, que representan a cinco grupos regionales (Asia, África, Europa del

---

<sup>6</sup> <http://www.minetur.gob.es/industria/ANPAQ/Internacional/Paginas/opaq.aspx> [Consultado el 14 de enero de 2014].

Este, América Latina y el Caribe, y Europa occidental y otros Estados). El Consejo mantiene relaciones permanentes de cooperación con las Autoridades Nacionales de los Estados Parte, siendo actualmente España miembro de dicho Consejo Ejecutivo.

La Secretaría Técnica es la encargada de llevar a cabo todas las tareas de aplicación de la Convención, recibe y procesa las declaraciones de las Autoridades Nacionales y realiza las actividades de verificación. Su director es el Director General de la OPAQ, elegido por la Conferencia de Estados Parte por un período de cuatro años. La Secretaría colabora con gobiernos, representantes de la industria química, medios de comunicación y organizaciones no gubernamentales en la realización de todo tipo de actividades relacionadas con la difusión y aplicación de la Convención.

El seguimiento en detalle de las actividades de la Organización para la Prohibición de las Armas Químicas puede hacerse a través de su publicación oficial *OCPW Today*, que aparece dos veces al año, así como de la página web de la organización: <http://www.opcw.org/sp/>

A lo largo de sus dieciséis años de existencia la OPAQ ha venido realizando un importante trabajo, por lo general de manera discreta y prácticamente inadvertida por la opinión pública y los medios de comunicación. Sin embargo, la concesión del premio Nobel de la Paz ha puesto a la OPAQ en primera línea de atención. En el discurso de recepción del premio, leído en Oslo el pasado día 10 de diciembre<sup>7</sup>, el actual director general de la OPAQ, el diplomático turco Ahmet Üzümcü, ponía de relieve los rasgos principales de su actividad, que se resumen seguidamente, señalando en primer lugar cómo, si bien El Comité Nobel tiene una larga trayectoria de honrar los logros en materia de desarme, esta es la primera vez que el Premio de la Paz se otorga a una organización que participa de manera activa en el desarme como una realidad práctica y permanente.

En el marco de lo establecido en la Convención sobre Armas Químicas, la OPAQ ha verificado hasta ahora la destrucción de más del 80% de todas las armas químicas declaradas. También ha implementado una amplia gama de medidas para prevenir la reaparición de este tipo de armas. Y con 190 Estados actualmente

---

<sup>7</sup> [http://nobelpeaceprize.org/en\\_GB/laureates/laureates-2013/presentation-2013/](http://nobelpeaceprize.org/en_GB/laureates/laureates-2013/presentation-2013/) [Consultado el 14 de enero de 2014].

adheridos a esta prohibición global, estamos aproximando a la realidad la visión de un mundo libre de armas químicas.

No puede haber ninguna duda sobre el valor de esta tarea. Las armas químicas se han utilizado con brutal regularidad a lo largo de todo el siglo XX y, desgraciadamente, también en nuestro siglo. Ningún arma, por supuesto, tiene el monopolio de la crueldad o la letalidad, pero las armas químicas tienen, en todo caso, una herencia especialmente nefasta. Casi cien años después de su primer uso a gran escala en los campos de batalla de Flandes, es bueno recordar las razones por las que estas armas evocan tal horror, hasta nuestros días.

Las armas químicas inciden en el arraigado y patológico miedo de todos los seres humanos a ser envenenados. No discriminan entre combatientes y civiles, ni entre el campo de batalla y la población. No se pueden ver. No se puede oler. Y no dan ninguna advertencia a los desprevenidos. Pero sus efectos son devastadores: quemaduras, ceguera o asfixia. Raramente la muerte se produce de manera instantánea, y nunca sin dolor. Y cuando no consiguen matar, como ocurre con frecuencia, estas armas causan un daño duradero en las personas y su entorno, negándoles la posibilidad de reparación y reconstrucción posteriores al conflicto.

No es necesario pormenorizar con detalle esos efectos en todas sus terroríficas variantes, capaces de desafiar cualquier descripción. No hay más que mirar las fotos de las víctimas para comprender la agonía que deben haber sufrido, desde Ypres en Bélgica para Sardasht en Irán, desde Halabja en Irak a Guta en Siria. Y basta con ver a la suerte de los sobrevivientes de estos ataques, gentes destinadas a pasar el resto de su vida sufriendo un dolor físico y psicológico insoportable, para entender por qué esas armas deben ser prohibidas.

El fracaso de sucesivos intentos en el pasado encaminados a tal prohibición no impidió la continuación de los esfuerzos para lograrlo. Así se llegó finalmente al acuerdo de prohibición total y alcance mundial que representa la Convención de Armas Químicas, un importante triunfo en la historia de la acción multilateral en pro de la causa de la paz y la seguridad, y el establecimiento de una organización totalmente independiente, la OPAQ, para supervisar su aplicación. El éxito de la Convención radica en la existencia y funcionamiento de un mecanismo amplio de verificación internacional. Un mecanismo que no tenía ningún modelo previo y tuvo que ser desarrollado desde cero. Un mecanismo que obliga a cada uno de los 190 Estados miembros de la Convención, sin diferencia alguna ni discriminación, a des-

truir sus existencias de armas químicas y las instalaciones de producción, así como poner de manifiesto ante la inspección las instalaciones industriales que podrían utilizarse para fines prohibidos por este tratado. Un mecanismo que no admite excepción alguna y permite llevar a cabo inspecciones a corto plazo para investigar el presunto empleo de armas químicas, o sospechas sobre las actividades prohibidas.

En definitiva, un mecanismo que hace recaer en los Estados la responsabilidad de garantizar la plena transparencia con respecto a sus obligaciones, con la actuación de la OPAQ como árbitro y guardián de la Convención sobre Armas Químicas.

Con la entrada en vigor de la Convención en 1997 hemos sido capaces de tender un puente que cubre el amplio espacio entre la pasión por el desarme y el sentido práctico, entre el sentimiento y la acción, entre la noble ambición y logros concretos. Y, por primera vez en la historia de la diplomacia multilateral, hemos sido capaces de demostrar que la toma de decisiones basada en el consenso puede producir resultados verificables prácticos y eficaces, sobre todo en materia de desarme. Desde la situación actual, hemos de enfatizar el compromiso de los Estados miembros para la aplicación efectiva de la Convención.

Los logros alcanzados hacen que los recientes ataques químicos en Siria, que a todos nos han impactado, hayan resultado aún más trágicos. Y ponen de relieve las evidentes ventajas de seguridad que disfrutaban los estados adheridos a la Convención: en los dieciséis años que lleva vigente, ningún Estado miembro ha sufrido un ataque con armas químicas. Afortunadamente, la respuesta internacional a los ataques puso en marcha una extraordinaria serie de acontecimientos, que finalmente dieron como resultado la adhesión de Siria a la Convención, otorgando un papel de primera línea para la OPAQ, en colaboración con las Naciones Unidas, para proceder a la eliminación de las armas químicas sirias. Nunca en su historia la OPAQ había enfrentado la supervisión y la destrucción de un importante arsenal de armas químicas en medio de una guerra civil y en plazos tan apurados. Pero, por más que esta misión ponga a prueba nuestras capacidades y recursos, los progresos alcanzados hasta la fecha han venido a reforzar nuestra confianza en que podemos tener éxito.

El actual consenso internacional para la eliminación de las armas químicas en Siria tiene como base el mismo consenso que en el pasado hizo posible la Convención sobre Armas Químicas. Ahora, el reto es convencer a esos seis países que aún permanecen fuera de la Convención para unirse a ella, sin reservas ni demoras.

Una clave decisiva en el logro de los objetivos de la OPAQ está en sus activos vínculos con la comunidad científica. De esta asociación depende en buena medida el éxito de la Convención en lo que concierne a la naturaleza de doble uso de los elementos que intervienen en la fabricación de armas químicas, donde muchos de sus materiales y tecnologías también tienen aplicaciones comerciales e industriales beneficiosas. Sin una comprensión común de la línea que divide lo que nos beneficia y lo que nos daña, no puede haber una verificación eficaz; es la asociación de la OPAQ con la ciencia lo que ha permitido definir esa línea de una manera justificable y clara.

Cuando la Convención sobre las Armas Químicas concluyó en 1992, fue anunciada con razón como el más tangible resultado de desarme en la época posterior a la Guerra Fría. Pero en las más de dos décadas transcurridas desde entonces, poco más podemos mostrar en el ámbito del desarme para los grandes dividendos de paz que el fin de la Guerra Fría nos trajo. Es ya el momento de avanzar hacia un modelo de seguridad diferente y más duradera en consonancia con las extraordinarias oportunidades que la globalización ha traído, una seguridad que armoniza el desarrollo humano, la cooperación económica y la prosperidad mutua.

No puede decirse que la historia del control de armas haya mostrado la falta de pasión. Sin embargo, cuando hay tanto en juego, la pasión debe asentar sus pies en la realidad si pretende lograr sus ambiciosos propósitos. Esto significa ser pragmático, con una mente clara, incluso desapasionada, sobre la elección de las mejores herramientas posibles para conseguir y consolidar los objetivos del desarme. Y a menudo significa que los gobiernos han de mostrar valentía política para tomar decisiones difíciles en beneficio de la comunidad de naciones.

La Convención sobre las Armas Químicas ha demostrado que este tipo de enfoque produce resultados. Y que es algo más que meras palabras y promesas escritas en un papel. Se trata de un compromiso global orientado a librar al mundo de las armas químicas y asegurarse de que nunca más sean una amenaza para la humanidad.

## ■ Posiciones críticas

El Premio Nobel de la Paz es considerado en la actualidad como el más polémico de los cinco premios concedidos cada año por la Fundación Nobel. Una vez

tras otra, vuelven a repetirse las manifestaciones de decepción en cada anuncio de quién será el premiado ese año. Lógicamente existe una disparidad de opiniones y tendencias que no solo afecta al Nobel de la Paz, sino también a cualquiera de los otros premios, en lo que cada uno querría ver reconocido al candidato de su preferencia. Pero parece que el premio a quien “haya trabajado más o mejor en favor de la fraternidad entre las naciones, la abolición o reducción de los ejércitos existentes y la celebración y promoción de procesos de paz” resulta especialmente propicio al desacuerdo. Por lo general, no suele tratarse de una frontal discrepancia con la decisión del Comité Nobel, pues queda fuera de toda discusión que el elegido reúne méritos suficientes que lo acreditan; más bien ocurre que para muchos la persona o institución premiada no es la que mejor encarna en ese momento los valores señalados por Alfred Nobel y considerarían más adecuado que el premio recayera en otro candidato.

Pero es justo aquí donde es necesario hacer una importante precisión, pues la selección de tales candidatos es mantenida en secreto por el Comité, que solo anuncia finalmente el nombre del premiado; los nominados de cada convocatoria no son conocidos hasta pasados cincuenta años. De manera que las opiniones y los juicios acerca de la idoneidad del premiado en relación con otros nominados se basan en suposiciones, noticias o conjeturas que jamás son confirmadas o denegadas por el Comité Nobel, cuyas opciones que sirvieron de base a la elección solo se sabrán medio siglo después.

En cada caso el procedimiento se inicia con una propuesta que puede ser presentada por miembros de los parlamentos nacionales, los gobiernos y los tribunales internacionales de derecho, rectores de universidad, profesores de ciencias sociales, historia, filosofía, derecho y teología, directores de instituciones y centros de investigación de asuntos relativos a la paz; también anteriores ganadores del Premio Nobel de la Paz pueden presentar candidatos, así como los miembros actuales y anteriores del Comité Noruego del Nobel, y los exconsejeros del Instituto Nobel de Noruega. En la actualidad tales propuestas alcanzan un elevado número, superior a los dos centenares, que en las primeras sesiones de evaluación suele quedar reducido a una lista con los veinte o treinta que son considerados más relevantes. Habitualmente a principios de octubre y tras sucesivas sesiones, los cinco miembros que integran el Comité Nobel eligen finalmente mediante voto de la mayoría (y con frecuencia tras apasionadas y tensas discusiones) al destinatario del Premio Nobel de la Paz ese año, siendo esa decisión definitiva e inapelable. El Comité no informa ni a los medios de comunicación ni a los propios nominados



acerca de su candidatura ni de las eventuales gestiones o informes previos a su decisión final.

Muchos estadistas y líderes políticos fueron en su día nominados para el Premio Nobel de la Paz, entre los que figuran Benito Mussolini (1935), Adolf Hitler (1939) y Joseph Stalin (1945 y 1948). Ciertamente es que a ninguno de ellos le fue otorgado, pero no conforta especialmente constatar que tampoco se le concedió jamás al gran apóstol de la no violencia, el indio Mahatma Gandhi, a pesar de haber sido propuesto hasta en cinco ocasiones.

Sea cual sea la decisión del Comité Nobel, es prácticamente seguro que encontrará detractores. Hoy a nadie se le ocurre criticar la concesión del premio al Comité Internacional de la Cruz Roja en un momento tan significativo como el año 1917, pero si repasamos otros de los premios concedidos en las últimas décadas, nos encontraremos con la oposición que despertó en 1965 el premio a la UNICEF, una organización internacional que defiende los derechos de la infancia, por quienes le reprochaban haber incluido el aborto como método de planificación familiar en países del Tercer Mundo. Muy sonada fue la renuncia a su galardón del político vietnamita Le Duc Tho, premiado en 1973 junto a Henry A. Kissinger, a quien una parte de la opinión internacional consideraba instigador de genocidios; cuarenta años después, sigue siendo uno de los premios más discutidos, incluso en el seno del propio Comité Nobel. También despertó fuertes reacciones el concedido en 1992 a la guatemalteca Rigoberta Menchú por “su trabajo a favor de la justicia social y la reconciliación etno-cultural basada en el respeto a los derechos de los indígenas”, pero que según mostraron posteriores investigaciones había falseado su trayectoria y apoyaba regímenes dictatoriales y organizaciones violentas.

La repetida estrategia del Comité Nobel de la Paz consistente en tratar de “integrar a los contrarios” parece haber resultado una fórmula infalible para promover los más airados desacuerdos, tal como ocurrió en 1978, cuando se dio el premio conjuntamente al egipcio Anwar El-Sadat y al israelí Menajem Begín, fórmula repetida en 1994 con la concesión del premio a Yassir Arafat junto a Simón Peres e Isaac Rabin. Incluso premios concedidos a personalidades con perfil aparentemente menos polémico han sido igualmente objeto de desacuerdo, tal como ocurrió en 2001 con el Secretario General de la ONU, Kofi Annan, que se había visto involucrado en un escándalo junto a su hijo Kojo Annan por sospechas de corrupción en el programa de “Petróleo por alimentos”. Aunque no fueron los únicos, particularmente irritada se mostró una parte significativa de la opinión

pública británica al conocer que el Nobel de la Paz de 2012 había recaído en la Unión Europea, llegando el diario londinense *Daily Telegraph* en un editorial a tildar la decisión de absurda, destacando la falta de acción de la UE durante el conflicto de los Balcanes y las peligrosas tensiones generadas por el euro entre los distintos Estados de la Unión.

Acaso uno de los premios que ha dado lugar a los más encendidos debates es el concedido en 2009 a Barack Obama, apenas unos meses después de alcanzar la presidencia de los Estados Unidos, por “su visión y su trabajo por un mundo sin armas nucleares” y por “sus extraordinarios esfuerzos para fortalecer la diplomacia internacional” argumento que fue severamente criticado, ya que, por loables que sean los esfuerzos, visiones e intenciones, no parecen materia real suficiente para un reconocimiento de esta categoría. No faltan analistas para quienes el actual premio 2013 a la OPAQ debe interpretarse como una manera de salvar la cara de un Obama (y del propio Comité Nobel) dispuesto, aparentemente al menos, a desencadenar en Siria una temeraria escalada militar a cuenta de la utilización de armamento químico por las tropas del gobierno de Bagdad.

A la vista de los ciento veintiséis Premios Nobel de la Paz que jalonan su trayectoria a través de los años, y más allá de sus rotundos aciertos en unos casos y su discutible arbitrariedad en otros, hay quienes interpretan esas distinciones de aspecto altruista considerando que son en realidad galardones de carácter político que se otorgan en función de los intereses de los países y fuerzas que dominan el mundo. Se trataría, pues, de un mecanismo publicitario para reforzar y legitimar determinados procesos ideológicos y políticos ante la opinión pública internacional, actuando como recompensa hacia personajes caracterizados por haber sido claves en la ejecución de tales procesos favorables a las potencias hegemónicas, como en su día habría ocurrido con Theodore Roosevelt, premiado en 1906, y más modernamente con George C. Marshall en 1953, Willi Brandt en 1971, Lech Wałęsa en 1983, el Dalai Lama en 1989 o Mijail Gorbachov en 1990, entre otros.

En el presente caso de la Organización para la Prohibición de las Armas Químicas la decisión del Comité Nobel parece más que justificada, habida cuenta del insostenible grado de tensión generado en la guerra de Siria a causa del uso de armamento químico y la indiscutiblemente benemérita actuación de la OPAQ. En todo caso, la decisión a favor de la OPAQ sorprendió a los medios, pues eran otros los nombres que se barajaban como premiables, entre ellos el médico congoleño

Denis Mukwege, el obispo mexicano José Raúl Vera, la activista rusa Svetlana Gánushkina o los comunicadores Julian Assange y Edward Snowden, si bien ya en la recta final hacia el anuncio del galardón parecía perfilarse como clara favorita la joven paquistaní Malala Yusufzai, la adolescente de 16 años tiroteada por los talibanes por defender la educación femenina en su país.

El haberse decantado finalmente el Comité Nobel en favor de la OPAQ significa un firme y bien merecido espaldarazo a la labor que esta organización viene desarrollando para el control y la destrucción de los arsenales químicos, una misión encomiable que en modo alguno debe distraer nuestra atención de los dos millones largos de refugiados, quinientos mil heridos y la escalofriante cifra de más de ciento cincuenta mil víctimas mortales que ha causado hasta ahora el conflicto sirio, muertos que solo en una mínima proporción lo han sido por la acción de armas químicas. Unos muertos que, en todo caso, ya nunca podrán incorporarse al paso alegre de la paz, cuando esta llegue, y si es que llega acompañada de la libertad y la justicia que dan sentido a la paz y hacen que esta no sea solo una palabra hueca que suena a tiro sordo.

## ■ La evolución del Premio Nobel de la Paz

El concepto y la interpretación de los términos del testamento de Alfred Nobel por parte del Comité del Nobel de la Paz han ido cambiando en el transcurso del tiempo, tal como se reconoce en la propia organización. La historia ya más que centenaria del premio muestra que en los criterios del Comité Nobel de Noruega hay diferentes caminos hacia la paz. Ya en la primera edición del premio, que en 1901 compartieron el político pacifista Frédéric Passy y Jean Henry Dunant, fundador de la Cruz Roja Internacional, el Comité Noruego del Nobel estableció una concepción amplia de la paz, con el argumento de que también el trabajo humanitario encarna “la fraternidad entre las naciones” a la cual Nobel se había referido a en su testamento.

En los primeros años, hasta la Primera Guerra Mundial, el premio fue otorgado a menudo a pioneros de movimientos organizados en pro de la paz. Varios de quienes obtuvieron aquellos galardones fueron parlamentarios que se habían comprometido a trabajar para resolver los conflictos sobre la base de la ley y del arbitraje internacional.

En el período de entreguerras, la atención se centró más en los políticos activos que trataron de promover la paz y la distensión por medio de la diplomacia y los acuerdos internacionales, pero también hubo galardones para quienes se distinguieron en labores humanitarias, como la Liga de las Naciones Unidas para los Refugiados. A partir de la Segunda Guerra Mundial el Premio de la Paz ha sido otorgado principalmente para honrar los esfuerzos en cuatro áreas principales: el control de armamentos y el desarme, las negociaciones de paz, la democracia y los derechos humanos, y los trabajos encaminados a crear un mundo mejor organizado y más pacífico. Por otra parte, año tras año, de manera acaso lenta pero firme, fue aumentando la atención que el Comité prestaba a los nominados procedentes de ámbitos distintos a Europa occidental y Norteamérica, que hasta entonces habían venido acaparando la gran mayoría de los premios. Con sus premios a Wangari Maathai en 2004 y al Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) y Al Gore en 2007, el Comité Nobel ha indicado que su concepto de la paz actualmente abarca también los esfuerzos para limitar el daño causado por el cambio climático de origen antropogénico y las amenazas para el medio ambiente.

En lo que va transcurrido de este siglo los Premios Nobel de la Paz concedidos hasta el presente han sido:

2000: Kim Dae Jung (Corea del Sur). Por su trabajo en pro de la democracia y los derechos humanos en Corea del Sur y en Asia Oriental en general, y particularmente por la paz y reconciliación con Corea del Norte.

2001: Organización de las Naciones Unidas (ONU) y Kofi Annan (Ghana). Por su trabajo para un mundo mejor organizado y más pacífico.

2002: Jimmy Carter (Estados Unidos). Por sus décadas de esfuerzo incansable para encontrar soluciones pacíficas a los conflictos internacionales, y promover la democracia y los derechos humanos, así como para promover el desarrollo económico y social.

2003: Shirin Ebadi (Irán). Por sus esfuerzos por la democracia y los derechos humanos, especialmente en la lucha por los derechos de las mujeres y los niños.

2004: Wangari Muta Maathai (Kenia). Por su contribución para el desarrollo sostenible, la democracia y la paz.

- 2005: Organismo Internacional de la Energía Atómica (Austria) y Mohamed El-Baradei (Egipto). Por sus esfuerzos para prevenir el uso de la energía nuclear con fines militares, y que su uso con fines pacíficos lo sea de la manera más segura posible.
- 2006: Muhammad Yunus y Banco Grameen (Bangladés). Por promover oportunidades económicas y sociales para los pobres, especialmente las mujeres, a través de su proyecto pionero del microcrédito.
- 2007: Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (Suiza) y Al Gore (Estados Unidos). Por sus esfuerzos para construir y difundir un mayor conocimiento sobre el cambio climático provocado por el hombre, y para sentar las bases de las medidas necesarias para contrarrestar ese cambio.
- 2008: Martti Ahtisaari (Finlandia). Por sus importantes esfuerzos, en varios continentes y durante más de tres décadas, para resolver los conflictos internacionales.
- 2009: Barack Obama (Estados Unidos). Por sus extraordinarios esfuerzos para fortalecer la diplomacia internacional y la colaboración entre los pueblos.
- 2010: Liu Xiaobo (China). Por su lucha no violenta y duradera por defender los derechos humanos fundamentales en China.
- 2011: Ellen Johnson-Sirleaf (Liberia), Leymah Gbowee (Liberia) y Tawakkul Karman (Yemen). Por su lucha no violenta por la seguridad de las mujeres y los derechos de las mujeres a la plena participación en la obra de construcción de la paz.
- 2012: Unión Europea (UE). Por su contribución durante seis décadas al avance de la paz y la reconciliación, la democracia, y los derechos humanos en Europa.
- 2013: Organización para la Prohibición de las Armas Químicas (Países Bajos). Por sus grandes esfuerzos para eliminar las armas químicas.